

Volvamos á los primeros cristianos. El triunfo de la caridad cristiana y la eterna gloria de nuestros padres consiste en haber amado al prójimo, es decir, á todos los hombres como á sí mismos.

Primeramente los Cristianos estaban unidos entre sí con los lazos del mas tierno amor, lo cual llenaba á los gentiles de admiracion y de envidia á un mismo tiempo ¹. « Hablando de nosotros, decia Tertuliano, exclamais : ¡Mirad cómo se aman! lo cual os admira » porque estais muy distantes de asemejaros á nosotros. Ved como » están prontos á morir los unos por los otros, al paso que vosotros » estais siempre dispuestos á mataros. Vuestros censores gritan contra » el nombre de hermanos que nos damos, porque entre vosotros » todo título de parentesco es únicamente el signo de un afecto simu- » lado ; nosotros somos tambien hermanos vuestros por derecho de la » naturaleza, nuestra madre comun, si bien sois muy poco humanos » y no muy buenos hermanos ; luego, ¡con cuánta mas razon nos » mirarémnos nosotros como tales, nosotros que tenemos un mismo » padre que es Dios, que hemos sido iluminados por el mismo espí- » ritu de santidad, que hemos nacido á la misma verdad, despues » de haber salido de la misma ignorancia! Entre nosotros todo es » comun ; hasta los bienes que poseemos sirven para unirnos como » á hermanos, lo que entre vosotros extingue casi siempre la frater- » nidad ². »

« En los nombres de caridad que están en uso entre nosotros, añade » otro Padre de la Iglesia, no debeis ver mas que la expresion de los » sentimientos que nos animan ; á nuestros inferiores les llamamos » hijos ; á nuestros iguales hermanos, y á nuestros superiores padres, » llamando á las cristianas, por igual razon, hijas, hermanas ó ma- » dres, segun su edad ³. »

Esta tierna caridad se manifestaba de un modo particular respecto de determinadas personas ; penetrados de veneracion para con los ministros del Señor, á quienes debian la vida del alma, nuestros padres se apresuraban á proveer todas nuestras necesidades, persuadidos de que los eclesiásticos, que se consagran enteramente á la salvacion de sus hermanos, no podian ocuparse en adquirir su propio sustento. Las oblaciones de los fieles les proporcionaban lo necesario ; el alimento y el vestido ⁴.

Sin embargo, su caridad desplegaba todos sus recursos y todo su generoso valor respecto de los confesores encarcelados por la fe ; apenas sabian que habia sido preso uno de sus hermanos, cuando todos, hombres y mujeres, niños y ancianos, acudian á la cárcel ; y des-

¹ Apol. c. 39.

² Lucian. *Dial Peregr.* pág. 337.

³ Athenag. *Legat.* pág. 330.

⁴ Mamachi, t. III, pág. 26.

pues de haber comprado del carcelero el permiso de entrar, recomendábanse á las oraciones del futuro mártir, besaban sus cadenas, servíanle, y acudian á todas sus necesidades ⁴. Si las limosnas de la iglesia de que el preso era miembro no bastaban, el Obispo y los presbíteros escribian á las demás iglesias, y éstas se apresuraban á enviar las suyas ; pues todas tenian un fondo reservado para este uso ⁵.

« Cada uno de nosotros, dice Tertuliano, apronta todos los meses » su módico tributo, cuándo y cómo quiere, en razon á sus facultades ; pues á nadie se obliga, todo es voluntario, y aquello forma » como un depósito de piedad que no se consume en banquetes ni en » estériles disipaciones, sino que se emplea en alimentar á los pobres, » en darles sepultura, en el sustento de los infelices huérfanos, de los » criados extenuados por la edad, y de los náufragos ; en alivio de los » condenados á las minas, de los desterrados lejos de su patria, ó de » los detenidos en las cárceles por la causa de Dios ⁶. »

La solicitud de nuestros padres en visitar á los confesores de la fe era tal, que muchas veces los Obispos se creian obligados á moderarla, temiendo excitar mas aun el odio de los perseguidores ⁷.

Donde habia una miseria que aliviar, allí volaba la caridad de los primeros cristianos con las manos llenas de limosnas y con el corazon abundante en consoladoras palabras. Del calabozo del preso trasladábanse á la cabaña del pobre y á la cabecera del enfermo, y si una iglesia particular carecia de los recursos necesarios para alimentar á sus pobres, acudia á sus hermanas, las demás iglesias, y no tardaba en ver llegar gran número de diáconos cargados de ofrendas y de epístolas fraternales : otras veces las grandes iglesias llamaban á todos los pobres para subvenir directamente y para siempre á todas sus necesidades ⁸.

Difficil es formarse una idea del respeto, de las consideraciones y de los tiernos cuidados de que eran objeto aquellos afligidos miembros del Salvador, y no contentos con aliviar sus dolores, nuestros padres se esforzaban en consolarles y en sostener su paciencia y valor. Lo contagioso del mal no era bastante para alejarles, y ¡cosa admirable! prodigaban iguales cuidados á sus perseguidores. En una peste que desoló el Egipto, vióse á los Cristianos recoger en las calles á los gentiles enfermos, abandonados por los suyos, cuidarles, llevarles á sus propias casas, y prestarles iguales servicios que á sus hermanos ⁹.

⁴ Lucian. *Peregr.* n. 12, pág. 334.

⁵ Lucian. *Peregr.* n. 3 ; Eusebio, lib. IV, c. 23.

⁶ Tertul. *Apol.* c. 39.

⁷ S. Cypr. *Epist.* X et XII.

⁸ S. Cypr. *Epist. ad Eucrat.*

⁹ Eusebio lib. VII, c. 22.

Tenian igualmente gran cuidado de los niños; primeramente de los huérfanos, hijos de cristianos y sobre todo de mártires; luego de las criaturas expuestas y de cuantas podian ser los maestros, á fin de educarles en la verdadera Religion. La Iglesia romana se distinguió entre todas por su caridad para con los pobres de todas clases, tanto que en el tiempo del papa san Cornelio, por los años 250, mantenía á mas de mil quinientos, y desde su fundacion, y mientras duraron las persecuciones, envió siempre grandes sumas á las iglesias pobres de las provincias y á los confesores condenados á las minas.

Los diáconos cuidaban de todos esos tesoros vivos de la Esposa de Jesucristo; y era de su incumbencia recibir las ofrendas que se hacian para las comunes necesidades de la Iglesia, reservarlas y guardarlas seguramente, y distribuir las á tenor de las órdenes del Obispo, quien disponia de ellas en virtud de la relacion que los mismos le hacian de las necesidades particulares. Era tambien de su deber informarse de estas necesidades, y tener una lista exacta de los pobres á quienes la Iglesia socorria ⁴, de modo que la vida de los diáconos era muy activa, viéndose obligados á andar siempre por la ciudad, y á veces á emprender viajes fuera de la misma. Por esto es que no llevaban capa, ni vestidos largos como los presbíteros, sino únicamente túnica y dalmática, á fin de estar siempre dispuestos á la accion y al movimiento ⁵.

Lo que mas admiraba á los gentiles no era ver que los Cristianos de la misma iglesia y del mismo país se profesaban tan tierno amor, pero si el que un cristiano extranjero, desconocido, fuese acogido, alojado, mantenido, socorrido, y colmado de pruebas de afecto por hombres que jamás le habian visto y que en breve no le volverian á ver mas; impulsados por su odio decian falsamente que los Cristianos formaban una secta oculta, cuyos miembros tenian ciertos signos para reconocerse; calumnia que refuta de este modo Minucio Félix: « Lo » que nos da á reconocer entre nosotros mismos no es, como preten- » deis, señal alguna exterior, sino la inocencia y la modestia; sin » embargo de lo que decís á pesar vuestro, nos amamos mutuamente, » porque no sabemos aborrecer; y nos llamamos hermanos, porque » somos los hijos de un mismo Padre, Criador de todos los hombres, » y porque tenemos una misma fe y una misma esperanza para el » porvenir ⁶. »

Con tal de que un extranjero manifestase que profesaba la fe ortodoxa, y que se hallaba en la comunión de la Iglesia, era recibido con los brazos abiertos; quien hubiese deseado negarle un asilo, hubiera

⁴ *Const. apost.* lib. III, c. 19.

⁵ *Ibid.* lib. II, c. 57.

⁶ *Oct.* pág. 312.

temido rechazar al mismo Jesucristo. Sin embargo, era preciso que el forastero se diese á conocer ¹, y para ello los cristianos que viajaban llevaban siempre cartas de su Obispo ². El primer acto de hospitalidad era lavar los pies á los huéspedes, operacion que era necesaria, atendido el modo como calzaban los antiguos; si el huésped estaba en la plena comunión de la Iglesia, oraban con él, y le deferian todos los honores de la casa; él era el que decia las oraciones, el que tenia el primer puesto en la mesa, el que instruía la familia; todos eran felices poseyéndole, y reputábase mas santa la comida en que tomaba parte. Los eclesiásticos eran honrados en proporción de su clase, y si un Obispo viajaba era invitado por todas partes á officiar y á predicar á fin de mostrar la unidad del sacerdocio y de la Iglesia ³.

Pero lo admirable es, que nuestros padres ejercian la hospitalidad aun con los infieles, ejecutando tambien con extrema caridad las órdenes del príncipe que les obligaban á hospedar á los soldados, á los empleados y demás que viajaban en servicio del Estado. San Pacomio, que se habia alistado muy jóven en las tropas romanas, fué embarcado con su compañía, quedando admirado cuando al llegar á una ciudad vió que los habitantes les recibian con tanto amor como si fuesen antiguos amigos; esto le movió á preguntar quiénes eran, y le contestaron que profesaban una religion particular y que se les conocia con el nombre de cristianos: entonces se informó de sus dogmas y doctrinas, y de aquí data el principio de su conversion ⁴.

Los esclavos abandonados por sus dueños porque eran viejos ó achacosos, los desterrados, los infelices de toda clase, rechazados por la sociedad pagana, estaban seguros de hallar un generoso asilo en el seno de la nueva sociedad; para subvenir á todas estas necesidades, nuestros padres no se contentaban con dar sus bienes y con hacerse pobres para asistir á los pobres; llegaban á venderse á sí mismos. No son raros los ejemplos de tan heroica caridad, como nos lo manifiesta el papa san Clemente en su epístola á los fieles de Corinto ⁵; mas uno solo bastará para dar á conocer el espíritu que á nuestros padres animaba.

Uno de ellos, llamado Serapio, encontró á un cómico gentil, cuya desgraciada suerte le conmovió de tal modo, que á fin de procurar su conversion, se vendió á él en calidad de esclavo, por la suma de veinte monedas de plata; su exactitud en el cumplimiento de sus de-

¹ Baron. ad ann. 143, n. 7.

² Tertul. *Præscrip.* c. 20, y Mamachi, t. III, pág. 48.

³ *Const. apost.* lib. II, c. 58.

⁴ *Vida de san Pacomio*, t. IV. Véase á Fleury, *Costumbres de los Cristianos*, pág. 260.

⁵ Epist. I, n. 4, pág. 36.

beres no le impedía dedicarse á la oracion y á la meditacion; todo su alimento consistía en pan y agua, hasta que por fin sus exhortaciones y ejemplo produjeron el deseado efecto: el cómico se convirtió con toda su familia, renunció al teatro y dió la libertad á Serapio, el cual no gozó de ella mucho tiempo.

No tardó en venderse por segunda vez, á fin de poder aliviar á una afligida viuda, quedando su nuevo dueño tan satisfecho de sus servicios, que le emancipó, y regalóle un manto, una túnica y un libro de los Evangelios: mas apenas hubo Serapio emprendido su marcha, cuando encontró á un pobre á quien dió su manto; á alguna distancia dió la túnica á otro pobre transido de frio, no quedándole por todo vestido sino un sencillo lienzo. Algunos le preguntaron qué había hecho de sus vestidos, á lo que contestó el Santo mostrando el libro de los Evangelios; « Este me ha despojado de ellos. » Tampoco tuvo por mucho tiempo el libro en su posesion, pues lo vendió para asistir á una persona reducida á la última miseria; y al preguntarle qué había hecho de él, contestaba: « ¿ Lo creeriais? imaginábame oír continuamente el Evangelio que me decia: *Vé, vende cuanto poseas, y dalo á los pobres*; así es que he vendido mi libro, repartiendo su precio entre los miembros de Jesucristo que veía necesitados. »

Serapio, que no poseía mas que su persona, traficó con ella varias veces, si es licito expresarse así, á fin de procurar al prójimo auxilios espirituales y temporales; entre los que le compraron figura un maniqueo, á quien tuvo la dicha de volver la seno de la verdadera Iglesia, junto con toda su familia¹.

Si era tanta la solicitud de nuestros padres en aliviar las necesidades corporales del prójimo, ¿ cómo dudar de su celo para el consuelo y curacion de las almas? Difuso por demás sería referir cuanto obraban para obtener la conversion de los pecadores, de los herejes y aun de sus mas crueles enemigos, por quienes ofrecían sus lágrimas, sus ayunos y sus oraciones². Oigamos á Tertuliano: « Para la salvacion de los Emperadores (cuyos emperadores eran los Nerones, los Domicianos, los Decios y los Dioclecianos) invocamos al Dios eterno, al Dios verdadero, al Dios vivo; pedimos para ellos larga vida, un pacífico imperio, una paz inalterable, ejércitos valerosos, un senado fiel, súbditos sumisos, una tranquilidad universal, y cuanto el hombre y el emperador desean³. »

Soldados fieles y pacíficos y buenos ciudadanos, nuestros padres cumplían exactamente con todos los deberes de la sociedad humana. « Pagamos puntualmente y sin fraude, continúa Tertuliano, todas

¹ Véase á Godescard, 21 de marzo.

² Mamachi, *De' costumi*, t. III, pág. 61-66.

³ *Apol.* c. 30.

» las contribuciones públicas; los impuestos se recaudan mejor de que hay cristianos en el mundo, porque los Cristianos cumplen el deber de satisfacerlos por principio de conciencia y de piedad⁴. »

La caridad de nuestros padres, que se extendía á todos los vivientes, no olvidaba á los difuntos: para dar mayor testimonio de su fe en la resurreccion, cuidaban mucho de las sepulturas, en las que gastaban mucho dinero, atendiendo á su modo de vivir. Despues de lavar los cadáveres, los embalsamaban: « Empleamos en ellos mas aromas, » decia Tertuliano, que los que vosotros, gentiles, perdeis incensando á vuestros dioses⁵. » Envolvíanlos luego en finísimos lienzo ó en mantos de seda, y algunas veces cubríanlos con preciosos vestidos, y despues de dejarlos expuestos por tres dias, durante los cuales velaban cerca de ellos orando⁶, llevábanlos al sepulcro, acompañando el cuerpo con gran cantidad de cirios y antorchas, doble símbolo de la caridad del difunto y de la resurreccion futura, y cantando salmos é himnos, en que respiraba la dulce esperanza⁴. Sepultado el cadáver, oraban por su alma; ofrecían el santo sacrificio, y asistían al festín llamado *agape*, hacían varias limosnas, y renovábase la memoria del difunto el dia primero de cada año, además de la conmemoracion que de él se hacia todos los dias en el santo sacrificio⁵.

Así para honrar á los muertos, como para conservar el recuerdo de su vida, ponían comunmente en su tumba diferentes objetos, como las insignias de su dignidad, los instrumentos de su martirio, botellitas ó esponjas llenas de su sangre, las actas de su martirio, su nombre, medallas, hojas de laurel ó de algun otro árbol siempre verde, cruces, el Evangelio y tambien la santa Eucaristía. Los aromas eran en tan grande cantidad, y los sepulcros tan bien cerrados, que mas de doce siglos despues exhalaban todavía un agradable perfume⁶; era costumbre colocar el cuerpo boca arriba, con el rostro vuelto al Oriente, postura que era un símbolo de esperanza y como un último grito de inmortalidad.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber reemplazado la ley de odio que reinaba en tiempo del Gentilismo, por la

⁴ *Ibid.* c. 42.

⁵ *Apol.* c. 42.

⁶ Baron. ad ann. 34, n. 310.

⁷ *Const. apost.* c. 6; Prud. Hymn. exeq.

⁸ Tertul. *De Coron. mil.* c. 3; Orig. *in Job*, homil. III; S. Cypr. epistola XLVI; Mamachi, t. III y sig.; Fleury, pág. 263.

⁹ Véase nuestra *Historia de las Catacumbas*, y Boldetti, *Osservazioni sopra i cimiteri*, etc., lib. I, c. 29, pág. 307.

dulce ley de la caridad universal; hacednos la gracia de que imitemos los hermosos ejemplos que nos legaron nuestros padres.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, no quiero decir nunca de los demás lo que no quisiera que dijese de mí.

LECCION IX.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLO I, CONTINUACION.)

Roma subterránea. — Pormenores acerca de los Mártires.

Una tierna y sincera piedad, una caridad universal, una santidad perfecta formaron, con algunas excepciones, el carácter de los primeros cristianos. « No pretendemos negar, decia Tertuliano, que haya » entre nosotros *algunos* hombres entregados á sus pasiones; mas » para probar la divinidad de la religion cristiana, basta que sean » en *corto número*. Es imposible que en un cuerpo, por perfecto que » le supongamos, no se encuentre algun defecto; pero mucho bien » al lado de un poco de mal hace brillar la perfeccion de una so- » ciedad⁴. »

Tantas virtudes admiraban á los gentiles, y quizás nosotros mismos nos inclinamos á creer que los ejemplos de nuestros padres no pueden ser imitados por nosotros; es cierto sin embargo, que como ellos somos nosotros llamados á la santidad por el mero hecho de nuestra vocacion al Cristianismo, que Dios no nos niega ninguno de los medios necesarios para ser santos, y finalmente, que adoptando las costumbres y precauciones de que nuestros padres se valian, nos es dable imitar sus virtudes. Lo que somos nosotros fueron ellos; ¿por qué no podemos, pues, llegar á donde ellos llegaron?

Hemos visto que pasaban sus dias en la oracion, en el trabajo y en la práctica de obras de caridad; ¿quién nos impide seguir su ejemplo? Conociendo la debilidad y corrupcion de la naturaleza, desconfiaban de sí mismos y evitaban con gran cuidado todas las ocasiones de pecar; una vez convertidos del Gentilismo al Cristianismo, rechazaban todo contacto impuro con la antigua sociedad, y no solo huian de sus libros, de sus cantos profanos, de sus templos, sino tambien de sus teatros, de sus festines y de sus bailes. Las razones que á ello les movian nada han perdido de su fuerza, pues lo mismo ahora que antes, aquellas profanas reuniones son ocasiones de escándalo y de pecado.

Al principio, los primeros cristianos no concurrían á los teatros,

⁴ Tertul. *ad Nat.* lib. I, c. 5, pág. 43. Véase tambien á Mamachi, pref., pág. 17-31.